

Texto elaborado para la mesa redonda taller sobre “la importancia, vigencia e inserción del hospital universitario al Sistema Nacional Integrado de Salud (SNIS)”. 27 de septiembre de 2013 como cierre de la semana académica del Hospital de Clínicas y que fuera entregado para su publicación. Pablo no leyó el texto ni se guió por él sino que hizo una exposición más extensa y en profundidad que hemos desgrabado y digitalizado

Los estudiantes y su lucha por el Hospital

Pablo V. Carlevaro

La preocupación de la Facultad de Medicina por construir un hospital para garantizar la calidad de la atención médica y contar con un ámbito muy necesario para la docencia –tal como poseían en el mundo las facultades más avanzadas– era de larga data. Fue el Decano Manuel Quintela quien logró concretar la iniciativa uniendo a su clara visión del progreso un esfuerzo tesonero para legalizar la idea y avanzar.

Tras largo tiempo –demasiado largo– el hospital se construyó. Quintela ya no vivía y la Comisión Honoraria encargada del proceso constructivo escapaba de las manos de la Facultad. La dictadura de Terra había creado un Ministerio de Salud Pública para el encumbramiento de Eduardo Blanco Acevedo –plegado a la dictadura y traidor al batllismo– que se había constituido en importante personaje político y presidía la Comisión Honoraria.

Cuando la construcción del edificio estaba aparentemente finalizada, la Facultad había perdido pie y, asimismo, se había debilitado la convicción de que el Hospital de Clínicas debía pertenecer íntegramente a la Universidad.

En el ambiente político eran muchos y muy influyentes quienes pretendían ubicarlo en la órbita del Ministerio de Salud Pública.

A fines de la época de los años cuarenta, la Asociación de los Estudiantes de Medicina advirtió el riesgo desnaturalizador de que el Hospital cayera en manos del Ministerio. Compartía esa preocupación el Sindicato Médico.

Presidía el gobierno del país Luis Batlle Berres y había trascendido de que en caso de que una iniciativa parlamentaria adjudicara por ley el Hospital a la Universidad, el Ejecutivo la vetaría.

En plena confrontación –que tenía significado conceptual, ideológico, político y práctico– la Asociación de los Estudiantes de Medicina se moviliza muy activamente, llevando el asunto a la discusión pública.

Se emiten publicaciones, se organizan diversos actos y marchas por las calles de la ciudad y se realizan actos públicos en los barrios populares de Montevideo, en los que se reclama la justicia de la reivindicación universitaria de pertenencia y se denuncia bien crudamente la situación de los hospitales del Ministerio, advirtiendo el perjuicio que sería para la atención de la salud que el Hospital cayera en manos de los políticos. Anecdóticamente: una pegatina de carteles en la que se había privilegiado el recorrido que cada día debía realizar el Presidente de la República para trasladarse desde la “residencia de Suárez” hasta la Casa de Gobierno...

En el ámbito universitario la postura intransigente sobre la pertenencia tuvo inoportunos antagonismos que la debilitaban.

Hubo que contener la urgencia bastante ingenua de algunos profesores que querían trasladar cuanto antes sus servicios clínicos al hospital al que creían pronto para funcionar, lo cual no era así.

Esa postura implicaba dejar la administración y la dirección en manos del Ministerio. La Asociación advirtió que ello no sería sino una mudanza a casa nueva, arrastrando vicios viejos.

Finalmente la eficacia de la lucha universitaria –que tuvo a la AEM por vanguardia– hizo que el Poder Ejecutivo cambiara de opinión. Aprovechó las circunstancias de la celebración de una Convención Médica Nacional –a mediados del año 50– para anunciar que enviaría al Parlamento un proyecto de ley en el sentido de lo que la Universidad reclamaba.

Se iniciaba así –en el seno de la Facultad– una etapa imprescindible, compleja y renovadora antes de la habilitación, en 1953.

En dicha etapa, la participación de la AEM fue muy significativa.

En el Uruguay no se sabía lo que era la administración hospitalaria.

El conductor de ese proceso arduo y desafiante fue el Decano Mario Cassinoni, figura universitaria –por tantos motivos– de memorable actuación.

Logró el asesoramiento del profesor Odair Pedroso, de la Facultad de Higiene y Salud Pública de San Pablo.

Nuestra Facultad impulsó pasos fundamentales para la formación universitaria de un personal –no médico– que prácticamente no existía en el país y, sin embargo, era esencial para la creación y el funcionamiento de un hospital moderno.

Se establecieron criterios organizativos –aquí inexistentes– que definirían la estructura funcional del Hospital. Además, se realizaron obras complementarias imprescindibles en la propia planta física.

En todo ese proceso, la representación estudiantil defendió siempre los principios organizativos de base científica ante los embates personalistas y arcaicos inspirados en nostalgias feudales.

El Hospital significó una apertura de nuestra cultura sanitaria, abrió el cauce al desarrollo de nuevas profesiones de la salud, gestó un concepto nuevo de organización hospitalaria y configuró –por fin– a poco de entrar en funcionamiento, un modo ejemplar de atender con dignidad al enfermo. La lucha no había sido en vano.

Han pasado ya muchos años. Ahora miramos todo el largo proceso de lucha constructiva con la perspectiva de la lejanía.

Dejamos constancia testimonial de la acción de los estudiantes de medicina en todas aquellas instancias. No se trata de una evocación laudatoria sino que es un reconocimiento justo que debe promover reflexión.

Esta celebración sería muy poco si no sirviera para reafirmar y actualizar el compromiso. Éste debe ser de todos, absolutamente de todos. La participación de cada uno –del modo que sea– genera una sumatoria que hace realidad su potencial efectividad transformadora.

Nuestra Asociación es casi centenaria. La cifra asusta, enorgullece y compromete.

La participación de los estudiantes en el gobierno universitario es uno de los rasgos característicos de nuestras universidades latinoamericanas.

A los expertos extranjeros –sabios y cultos– quizás esto los escandalice.

A muchos sabios nuestros, también.

Hay un secreto natural que garantiza la vitalidad de dicha participación. Es la renovación generacional. Los jóvenes tienen la responsabilidad de no dejar que la Universidad –su Universidad– envejezca.

Con la misma sensibilidad, aspiraciones y principios hay que saber que las circunstancias cambian y condicionan las respuestas.

Por suerte, en todo tiempo habrá jóvenes y asociaciones estudiantiles que asumirán el compromiso. El desafío es buscar hasta encontrar las formas y los modos

de que la participación fortalezca su caudal de ideas, su creatividad y su decencia natural, para que actúen siempre, en todo tiempo y sin falta.